

no merecen ni el honor de refutarse, como tampoco lo merece la infame conseja que en 1856 se propaló, de que había patrocinado los asesinatos de San Vicente y Chiconcuague, cometidos por bandidos contra indefensos españoles.

Así pues, todos aquellos dictérios lanzados contra el caudillo del Sur, hasta el grado de llamarle la "Pantera," no fueron más que repugnantes desahogos de sus cobardes enemigos.

Durante los años de 1856 y 1857, Alvarez combatió por la administración liberal de Comonfort, en las acciones de Tierra Blanca, Huizaco, Cuautepec, Tixtla y Chilapa. En 7 de Diciembre del primero de los años mencionados, expidió un notable manifiesto, que prueba que ó no existieron desavenencias entre él y Comonfort, ó que él los sacrificó en bien de su patria y de los principios liberales, pues ahí las desmiente con su firma. En 1858, 1859 y 1860, aunque no salió personalmente, ordenó las expediciones de Taxco y Cutzamala, y durante la guerra de intervención, dice uno de sus biógrafos, "influyó poderosamente con sus consejos á mantener viva la lucha, habiendo tenido la satisfacción de obtener tal confianza del ciudadano Presidente de la República Benito Juárez, que éste escribía á los generales en Jefe de los Ejércitos de Oriente y el Centro, que si por la distancia no podían obtener pronta resolución del Supremo Gobierno, se guiasen en todo por los consejos del general D. Juan Alvarez."

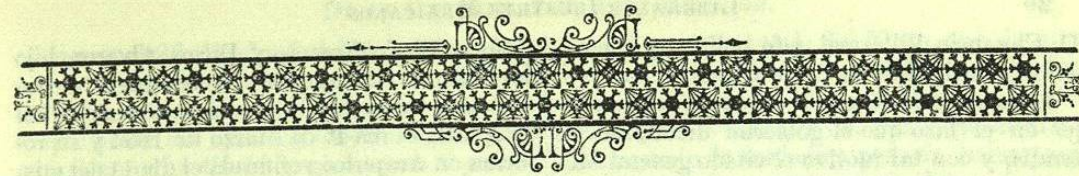
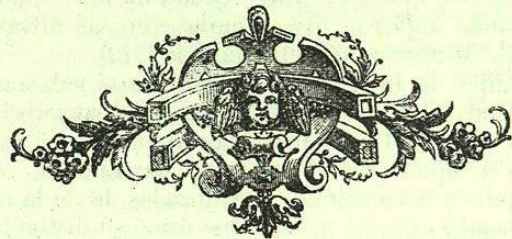
Fueron éstos los últimos servicios prestados á su patria por el insigne demócrata que había iniciado su brillante carrera militar el 27 de Noviembre de 1810, como simple soldado de Mo-

relos, para terminarla como General en Jefe de la 5.ª División del Sur, el 21 de Agosto de 1867, en que falleció, dejando ya libre á su país del último ataque intentado contra su independencia: Alvarez fué declarado ciudadano de los Estados de Tamaulipas y de México; condecorado por éste último con una medalla. El Congreso General, por decreto de 27 de Septiembre de 1861, lo declaró Benemérito de la Patria. Llevan su nombre varias poblaciones del Estado de Guerrero, que además celebró en el presente año (1890) el centenario de su nacimiento, y pronto enviará su estatua para que se coloque en nuestro Paseo de la Reforma. Fué Vicepresidente honorario del Instituto de Africa en Francia y miembro de diversas Sociedades Científicas.

Sobre su sepulcro, que existe en el cementerio particular de la hacienda de la "Providencia," se encuentra la siguiente inscripción, que resume su vida y la gratitud de su familia:

"Aquí yacen los restos del C. Juan Alvarez, General de División, Benemérito de la Patria y decano de la Independencia Mexicana; campeón de la democracia é iniciador de la Reforma, siendo Presidente de la República en 1855.—En la vida privada fué excelente esposo, tierno padre y leal amigo.—Nació el 27 de Enero de 1790 en el barrio de la Tachuela de la Ciudad de Atoyac, y falleció en su hacienda de la Providencia el 21 de Agosto de 1867.—Su esposa é hijos, oprimidos de dolor, consagraron á su memoria esta humilde lápida."

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.



IGNACIO COMONFORT.

1812-1863.

NECESARIO nos es colocar junto á las dos grandes figuras de D. Valentín Gómez Farías y de D. Juan Alvarez, la del General Ignacio Comonfort, por ser éste uno de los principales caudillos de la revolución de Ayutla y quien prestó en esta época importantísimos servicios á la causa de la libertad, habiendo tenido más tarde una muerte gloriosa en defensa de su patria después de haber tomado las armas contra la intervención francesa en expiación de sus errores políticos.

Habiéndonos propuesto en estas biografías, no faltar voluntariamente á la verdad histórica, diremos con franqueza lo que encontremos de tachable en la conducta pública de un biografiado, sin dejar por eso de reconocer los méritos que haya podido prestar á la causa de la libertad y la Reforma; por consiguiente, las faltas políticas que á nuestro humilde parecer cometió D. Ignacio Comonfort, serán expresadas en el curso de este artículo, al lado de los méritos del denodado caudillo de la revolución del 54.

D. Ignacio Comonfort nació en la ciudad de Puebla el día 12 de Marzo de 1812, habiendo sido hijo del teniente coronel D. Mariano Comonfort y de la señora doña María Guadalupe de los Ríos. A los catorce años empezó sus estudios serios en el Colegio Carolino de la mencionada ciudad de Puebla; pero habiendo muerto su padre antes de que terminara carrera literaria alguna, no pudo continuar en las aulas, sino que se vió obligado á valerse del trabajo personal para el sostenimiento de su familia.

En la revolución acaudillada por el general Santa-Anna contra el gobierno de Bustamante en 1832, tomó Comonfort parte, siendo este paso la iniciación de su vida pública. En esta revolución alcanzó el grado de capitán de caballería debido á su valor y brillante comportamiento en varias acciones de guerra, y terminando el movimiento revolucionario, fué nombrado comandante militar del distrito de Izúcar de Matamoros, cargo que desempeñó hasta el año 1834. En esta fecha un nuevo pronunciamiento

que tuvo éxito favorable y derrocó al gobierno por el cual Comonfort había luchado, obligó á éste á retirarse á la vida privada, en la que permaneció cerca de cuatro años, al fin de los cuales volvió al servicio público con el empleo de prefecto y comandante militar de Tlapa, distrito del Estado de Guerrero, en el que llevó á cabo varias mejoras.

En 1842 fué electo diputado al Congreso de la Unión y regresó á su antiguo distrito después de la disolución de ese cuerpo por el general Santa-Anna; volvió á ser electo diputado en 1846 y duró muy poco tiempo igualmente en ese cargo, porque el general Paredes disolvió la Cámara.

Viene la desgraciada guerra de México contra la invasión norte-americana y en ella se condujo Comonfort como un buen hijo de México. Fué entonces otra vez miembro del Congreso reunido en Querétaro y después de la desocupación del territorio por el ejército invasor, vino á esta Capital al Senado, cargo que desempeñó hasta el año 1851. El siguiente fué por cuarta vez electo diputado.

Aparece el año 1853 de administrador de la aduana de Acapulco, puesto en el que permaneció algún tiempo, cuando fué destituido arbitrariamente por el general Santa-Anna, que ya se había dado á conocer por sus medidas atentatorias y despóticas, y por su gobierno liberticida tristemente célebre en los fastos de nuestra historia patria. Ya el dictador, con pretexto de los rumores que entonces se esparcieron sobre que una expedición de piratas organizada en California por el conde Raousset, se aproximaba á las costas de la República con el objeto de atacar el puerto de Acapulco; había resuelto mandar al departamento de Guerrero un cuerpo de tropas, siendo el verdadero fin de tal medida imponer la ley á las temidas autoridades del Sur. Estaban éstas (las principales al menos), representadas por el benemérito general D. Juan Alvarez, gobernador y comandante general del departamento; el patriota general Tomás Moreno segundo cabo de la comandancia del mismo departamento, y el coronel

D. Florencio Villarreal, jefe político y comandante principal de la Costa Chica.

Estas autoridades, empero, no se dejaron cojer en el lazo que el gobierno dictatorial les tendía, y con tal motivo el citado general Moreno, cumplido y pundonoroso y que estaba condecorado con la medalla de *treinta contra cuatrocientos*, al comprender que se trataba de aprehenderle, salió de Chilpancingo con dirección á la costa en la madrugada del 24 de Febrero de 1854.

Cuando entraron las tropas del Gobierno al Sur, D. Ignacio Comonfort acababa de ser destituido. "Ilustre, de puros antecedentes y de reputación inmaculada, dice un biógrafo, era también distinguido por su esmerada educación, por sus nobles sentimientos y por su amor á la libertad. Aunque separado hacía tiempo de las contiendas políticas había visto con profundo dolor la opresión de su patria, y ora manifestase abiertamente su odio á la tiranía, ora se recelase de él por sus antecedentes, el gobierno dictatorial, que no perdía ocasión de ajar á sus enemigos, resolvió destituirle dejando correr la voz de que la causa de aquella medida, era el delito de mala versación." Con tal motivo se dirigió Comonfort oficialmente al Gobierno, y hé aquí parte de la comunicación que en respuesta al quejoso, mandó la Secretaría de Hacienda con fecha 3 de Marzo del mismo año 1854, firmada por el ministro Parres, en la que se lee textualmente lo que sigue: "Dí cuenta á S. A. S. el General Presidente con el oficio que en 23 del próximo pasado me dirige Ud., pidiendo se le diga si su separación del empleo de administrador de la aduana marítima de ese puerto (Acapulco) fué motivada porque el Supremo Gobierno tuviera alguna noticia, ó existieran en este ministerio algunos antecedentes sobre mal manejo de Ud. en el citado empleo, y en contestación me manda S. A. decirle que ningún anuncio se tuvo acerca de que Ud. se malversara en el destino que obtenía: que se le separó de él *por traidor*, cuyo crimen está ya manifiesto y suficientemente comprobada la justicia con que obró: y que en el patíbulo, espere Ud. la satisfacción que solicita. . . ."

Como el descontento era general en el país debido á los grandes abusos del dictador, y como por otra parte en el Sur, las principales personalidades del departamento eran, ó perseguidas francamente ó vigiladas cuando menos, éstas se decidieron al fin á obrar, y con tal propósito tuvieron una conferencia en Texca el general Alvarez y D. Ignacio Comonfort y después de ella partió éste para la hacienda de la Providencia, en donde se vió con el citado general Moreno, y con los Sres. Lic. Trinidad

Gómez, Eligio Romero y Diego Alvarez, hijo del antiguo insurgente. El resultado de todos estos pasos, fue la proclamación del Plan de Ayutla el día 1.º de Marzo de 1854 y su reforma en Acapulco verificada el día 11 del mismo mes y año. Aunque el gobierno de Santa-Anna aparentó despreciar la revolución del Sur, estaba muy lejos de considerarla tan impotente como él mismo decía. Es de suponerse desde luego que las calificaciones que de la revolución se hicieron en la prensa gobiernista y en los documentos oficiales, fueron terribles y despreciativas para esa misma revolución, pues que se le hizo aparecer como un levantamiento tumultuario sin plan político ninguno, y aborto inútil de una demagogía desenfrenada.

Sin embargo, esa revolución subsistía siempre y el nombre de Comonfort no contribuyó poco á darle respetabilidad y simpatías.

Entonces se decide el dictador á llevar á cabo por sí mismo la pacificación, y con tal objeto salió de México el 16 de Marzo de 1854 al frente de una división de más de cinco mil hombres de todas armas. Después de haber atravesado este ejército los distritos de Cuernavaca, Tasco é Iguala, y de haber permanecido algunos días en Chilpancingo pasados en regocijos y fiestas, emprendió Santa-Anna su marcha en dirección á Acapulco, habiendo sido hostilizado varias veces en el camino, por fuerzas enemigas. Comonfort, entretanto, se había encerrado en el Castillo de San Diego casi indefendible por el estado lamentable en que se hallaba, y se aprestó á la defensa de ese lugar con una fuerza total de menos de quinientos hombres. Confiado en una fácil victoria, dispuso Santa-Anna un ataque general al Castillo, que en efecto se llevó á cabo el día 20 de Abril de ese mismo año. Después de cuatro horas de reñido combate la columna de ataque estaba destrozada, y el dictador, en consecuencia, determinó retirarse. Sin embargo, en la tarde de ese mismo día 20, envió Santa-Anna, como parlamentario, al general Manuel Céspedes, para intimar la rendición del Castillo y hacer á la vez á Comonfort indicaciones de transacción. La respuesta que dió éste al comisionado, aunque urbana, fué terminante:

—Señor General, le dije, yo no puedo recibir ningún oficio ni oír proposición alguna de transacción sin previo permiso del Sr. Alvarez que es nuestro general en jefe: le daré parte de todo y verémos. Entre tanto, quedan por mi parte abiertas las hostilidades, y puede usted decir al señor general Santa-Anna que ataque cuando guste la fortaleza; en el concepto de que nosotros la hemos de defender á todo trance.

No se verificó, sin embargo, el ataque ofrecido: el 25 de Abril, Santa-Anna levantó su

campo, y el 26 abandonó el dictador completamente sus posiciones con grande contento de los defensores del castillo que no podían creer lo que veían sus ojos. La defensa de Acapulco será siempre un título de gloria para el general Comonfort, pues que estando en una ciudad abierta y encerrado en un castillo desmantelado y viejo, casi sin víveres ni municiones y con un verdadero puñado de valientes, esperó á pie firme é hizo retroceder á cerca de 6000 hombres, dando con esto un golpe de muerte á la dictadura, y asegurando á la revolución un triunfo espléndido. Esta continuaba haciendo prosélitos y en poco tiempo, casi todo el departamento de Guerrero se levantó en armas. A la vez que en el Sur, tomaba la revolución poderoso incremento en Michoacán, en donde desde el mes de Enero había reunido algunas fuerzas el antiguo patriota D. Gordiano Guzmán: empezaron entonces feroces allí las persecuciones de la dictadura; pero la sangre derramada en vez de apagar la chispa, provocó el incendio; y á Guzmán siguieron Rangel, Huerta, Pueblita y otros jefes. En el mes de Julio también se pronunciaba en Ciudad Victoria, capital del departamento de Tamaulipas, por el Plan de Ayutla, D. Juan José de la Garza.

Mientras tanto, los recursos de los caudillos del Sur y del mismo Comonfort, cada día escaseaban más hasta el grado de estar casi agotados. Entonces concibió el defensor de San Diego el proyecto de hacer un viaje á los Estados Unidos, con el objeto de ver si verificaba un empréstito que salvara á la revolución. Dirigióse primero á San Francisco California, sin haber obtenido allí buen éxito, y después se trasladó de San Francisco á Nueva-York, en donde al principio no fué más afortunado que en San Francisco; pero á fuerza de constancia y de afanes logró al fin con D. Gregorio de Ajuria la cantidad necesaria para llevar á cabo la empresa de derrocar al gobierno dictatorial; y cuando Ajuria presentó el dinero á Comonfort, éste le dijo:

—Antes de aceptar lo que Ud. me ofrece, quiero saber amigo mio si en este préstamo va toda su fortuna; porque si bien tengo yo esperanzas de salvar á mi país con este auxilio, tiemblo al pensar que puede Ud. quedar arruinado.

—Me queda todavía, respondió Ajuria, lo necesario para vivir trabajando.

—Entonces lo acepto, dijo Comonfort, y lo agradezco como estoy seguro que lo ha de agradecer mi patria.

Con estos recursos transformados en víveres, municiones y pertrechos de guerra, llegó el caudillo á Acapulco el 7 de Diciembre de 1854. Llegaron tan á tiempo los recursos que D. Ig-

nacio Comonfort trajo del Norte, que sin ellos hubiera fracasado la revolución muy probablemente, pues habiendo comprendido Santa-Anna que los hombres del Sur se encontraban en un estado de verdadera penuria, había puesto en movimiento gran parte de sus fuerzas, mandando á Zuluaga que avanzara por la Costa Grande desde Ajuchitlán, y Barberena por la Costa Chica desde Ometepec hasta el Coquillo y el Peregrino; estos movimientos estaban coordinados con los que debía hacer el general Castillo.

Por fortuna, en el año de 1855 á medida que se estremaban los desmanes del dictador, crecía de una manera pasmosa el incendio revolucionario. Ya en Enero de este año la Brigada Zuloaga se había pasado con armas y bagajes á los revolucionarios y el jefe de esa brigada se entregó á éstos con el caracter de prisionero de guerra; casi á la vez era perdido Huertamo para los del Gobierno, y en Febrero los revolucionarios del Sur, se encontraban dispuestos para atacar á Chilpancingo con el general Alvarez á la cabeza. A la vez, en el Sur de México aparecía el esforzado adalid Plutarco González, quien se manejó con tal actividad y valor, que extendió sin cesar el area de sus operaciones hasta poner en grande aprieto aun á la misma Toluca.

Los pronunciados de Michoacán tuvieron también un hombre nuevo en abono de su causa; este fué el ilustrado patriota D. Santos Degollado, quien purificó con su solo nombre á la revolución en ese departamento, de las manchas que sobre ella habían arrojado el gobierno y sus aduladores. También hizo otra gran adquisición la causa de la libertad en la persona del coronel italiano D. Luis Ghilardi. Este militar había venido á México acompañado de una brillante reputación adquirida en Bélgica, en España y en Cerdeña, su país natal, donde había peleado por la libertad italiana en las filas del famoso Rey Carlos Alberto. Después de haber el gobierno dictatorial ofrecido á este jefe un grado en el ejército, lo persiguió encarnizadamente y entonces Ghilardi peleó en México por la libertad, como lo había hecho en Europa. Este gran patriota á quien la reforma en nuestra patria le debe eterno reconocimiento, fue uno de los más incansables adalides en la guerra de tres años y después en la época de la intervención francesa, habiéndose distinguido por su valor, constancia y patriotismo en ambas campañas.

Ya en el mes de Abril de 1855, apenas le quedaban al gobierno en Michoacán, dos poblaciones de importancia, Pátzcuaro y Morelia. A principios de Mayo se embarcó Comonfort en Acapulco para ir á ponerse al frente de los

sublevados de Michoacán, que pidieron un caudillo al General Alvarez; y entonces fué cuando Zuloaga que había de hacer más tarde un papel tristemente célebre en los destinos de México, se adhirió con franqueza á los revolucionarios. Este mismo mes se pronunció en Lampazos D. Santiago Vidaurri, quien tomó la plaza de Monterrey el 23 de Mayo, y poco tiempo después hizo lo mismo D. Ignacio de la Llave en Orizaba, prendiendo el fuego de la revolución en el importante departamento de Veracruz.

El 25 de Junio, viendo Santa-Anna lo irremediable de la situación, convocó el Consejo de Estado, sometiendo á su resolución las siguientes cuestiones: "¿Ha llegado el tiempo oportuno de expedir un estatuto ó ley constitutiva de la República? ¿cuál es la autoridad, corporación ó asamblea que deba expedir dicho estatuto?" La resolución del Consejo no fué del agrado de Santa-Anna; y llegó á tanto su enojo, que poco faltó para que suprimiera el referido cuerpo. Mientras tanto, Comonfort que había permanecido en Michoacán, pasa al departamento de Jalisco, toma el 22 de Julio á viva fuerza la plaza de Zapotlán, respetando la vida de todos los jefes y oficiales de la guarnición que defendían esta plaza, y de allí se dirige á Colima, que le abrió sus puertas el 29 del mismo Julio, mediante un convenio por el cual los jefes y oficiales de esta guarnición tuvieron la garantía de la vida.

Estas dos cualidades salientes del carácter de Comonfort, ó sean un valor personal innegable, y su magnanimidad, jamás se desmintieron y sobre ellas existen las siguientes anécdotas que nos ha referido un respetable juriscónsulto ministro de Comonfort, cuando éste fué presidente sustituto de la República: siempre que se discutía en consejo de ministros, qué debía hacerse para salvar á México de la difícilísima situación en que se hallaba, debido á los manejos del clero y á los trastornos que provocaba la reacción amenazadora y poderosa, Comonfort decía imperturbable y constantemente á sus secretarios:

—Señores, para tratar esta cuestión y resolverla, no os ocupéis en lo absoluto de mí, ni de los riesgos personales que pudiera yo correr. Llegado el caso, estaré allí donde mi presencia se necesite, y aunque sea el lugar de mayor peligro, *aprieto los dientes y me dejo arrastrar*. Así es que por mí no hay cuidado.

En cambio, cuando se trataba de un indulto solicitado al Presidente en uso de sus facultades, como conmutación de la pena de muerte, Comonfort, que aborrecía esta pena con todas sus fuerzas, y que sabía por otra parte cuáles

eran las ideas dominantes en su ministerio, decía á sus secretarios:

Aquí os dejo, señores, para que con toda libertad discutáis si debe concederse ó no á este desgraciado, el indulto que solicita. Resolved con entera libertad, seguros de que lo que vosotros decidáis eso se hará.

Y el indulto se concedía casi siempre.

Por fin Santa-Anna, que se consideró impotente para sofocar la revolución, se decidió á salir de la Capital y en efecto lo hizo el 9 de Agosto á las tres de la mañana, tomando el camino de Veracruz. Ese mismo día se publicó un decreto referente al pliego cerrado que había dejado el dictador, y en el cual designaba las personas que lo habían de reemplazar en el Poder, siendo éstas el Presidente del Supremo Tribunal de Justicia y los generales D. Mariano Salas y D. Martín Carrera; y como suplentes, los generales D. Rómulo Díaz de la Vega y D. Ignacio Mofa y Villamil.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolución; pero como ésta no estaba todavía en la Capital, distaba mucho de haber quedado consolidada. En efecto, el trece de Agosto, la guarnición de México levantó una acta de adhesión al plan de Ayutla nombrando general en jefe á D. Rómulo Díaz de la Vega; éste nombró inmediatamente dos representantes por cada departamento, para hacer la elección de Presidente; y los representantes eligieron para tal cargo al general D. Martín Carrera.

A la vez que esto pasaba en la Capital, D. Antonio Haro proclamó otro plan en San Luis, erigiéndose en primer jefe del movimiento político regenerador de la República, y en Guanajuato se pronunciaba D. Manuel Doblado, pareciendo inclinarse al plan de San Luis. Por fortuna en una conferencia que tuvieron el mes de Septiembre en Lagos, Doblado, Haro y Comonfort, los dos primeros se obligaron á reconocer el plan de Ayutla sin ninguna modificación, quedando desecha por consiguiente la tempestad por ese lado. El general Alvarez mientras tanto, nombró en Iguala el 24 de Septiembre los representantes de los departamentos que debían elegir al Presidente provisional, conforme al plan de Ayutla, disponiendo que se reunieran en Cuernavaca el 4 de Octubre, para cumplir su encargo; y ese día se reunieron en efecto, eligiendo Presidente al citado general Alvarez. Comonfort llegó á Cuernavaca el 5 de Octubre, y desde entonces empezaron á circular los rumores que más adelante tomaron cuerpo, sobre la ambición de éste para ocupar la presidencia de la República; los cuales rumores encontraron cierta justificación en el nuevo pronunciamiento que llevó á cabo en Guanajuato D. Manuel Doblado poco tiempo des-

pués, desconociendo el Gobierno de Alvarez, y proclamando Presidente de la República á D. Ignacio Comonfort. Este, sin embargo, fué al principio nombrado ministro de la guerra en el gobierno del antiguo insurgente y por fin el 12 de Diciembre de ese año se publicó el decreto por el cual fué nombrado Presidente de la República en sustitución del general Alvarez.

Llegamos á una época de la vida pública de Comonfort, en que es preciso juzgar á éste con severidad, puesto que aunque combatido por los dos partidos extremos en que ya se había dividido el país, y en situación muy difícil por consiguiente, debió sin embargo decidirse por alguno de esos partidos y no tratar de conciliarlos como lo hizo; conciliación imposible puesto que la diferencia de miras de ambos, cada día iba siendo más grande, las pasiones por lo mismo más vivas y la división completa, y por consiguiente inevitable. El clero y el ejército empezaron á moverse por todos lados y aunque al principio el gobierno logró sofocar algunos tumultos, al fin con pretexto de la ley Juárez sobre administración de justicia, se levantaron en Zacapoaxtla algunos jefes y oficiales, con buen número de soldados, inspirados especialmente por el cura de aquella población. El plan de Zacapoaxtla se redujo á desconocer al gobierno de Comonfort y á proclamar las bases orgánicas de 1843, y este movimiento era atizado desde la misma Capital por D. Antonio Haro, á la vez que en Sierra-Gorda andaba levantado en armas contra el gobierno el general José López Uruga.

Esta revolución de Zacapoaxtla tomó tal incremento, que los pronunciados pudieron apoderarse de Puebla desafiando desde allí al Gobierno con un ejército de más de 4,000 hombres perfectamente armados, municionados y disciplinados. Comonfort se decidió á ir en persona á someter á los rebeldes, y con tal objeto salió de la Capital el 29 de Febrero de 1856 al frente de 12,000 hombres con 40 piezas de artillería, que después fueron aumentados á 16,000 soldados con 48 bocas de fuego de diferentes calibres, y el día 8 de Marzo de ese mismo año tuvo lugar la famosa acción de Ocotlán ó San Isidro á consecuencia de la cual los pronunciados, con D. Antonio Haro á su cabeza, se replegaron á Puebla, dispuestos á defenderse allí hasta el último trance.

Una vez encerrados en esta ciudad los revoltosos, Comonfort no vaciló un punto en ir tras ellos para atacarlos en sus posiciones y se decidió, como lo hizo, á poner sitio á Puebla. Este duró hasta el día 21 del mismo mes, en cuya noche, D. Manuel Díaz de La Vega, se presentó con una comunicación de Haro, para Comonfort, que éste no quiso recibir. Como la

resolución del Presidente era irrevocable recayó el mando de las fuerzas sitiadas en el general Oronoz, quien desde luego pretendió entrar en relaciones con Comonfort. Con este objeto tuvieron una conferencia por parte del Presidente, el Gobernador de Guanajuato, D. Manuel Doblado, y los generales D. Vicente Rosas y D. Ramón Iglesias, y por parte de Oronoz, el Lic. D. Pascual Almazán y los generales D. Ignacio Ormaechea y D. Miguel Andrade. Después de varias pláticas, Comonfort impuso como condiciones para la capitulación: que las tropas de Puebla se someterían á la obediencia del Gobierno; y que los generales, jefes y oficiales que existían en la plaza, pasarían á residir á los lugares que el Gobierno designase, mientras éste determinaba la manera como habían de quedar en el ejército.

Esta manera se definió por decreto de 25 de Marzo, en el cual quedó determinado que los generales, jefes y oficiales de la revolución, quedarían en el ejército con el carácter de soldados rasos. A propósito de la revolución de Zacapoaxtla, uno de los biógrafos de Comonfort cuenta: que estando un día el general en la presidencia, se le presentó un hombre muy misterioso deseando hablarle en secreto. Recíbelo Comonfort al punto, y este hombre le indica que desca entrar á otra pieza más retirada; llegan á otro departamento, y allí todavía propone el desconocido retirarse á otro más solitario si es posible; llegados por fin á éste, le dice Comonfort al hombre misterioso:

—Por fin, quién sois y qué deseáis.—Soy, dice aquel hombre descubriéndose, el cura de Zacapoaxtla. Comonfort, sin inmutarse, le invita segunda vez á que diga el objeto de su visita. El cura de Zacapoaxtla le indica que su presencia allí tiene por objeto salvar la vida del Presidente, que se encontraba amenazada; le da los detalles de esa intentona; le suplica no lo descubra, y por último, le dice:

—Estoy en vuestras manos y sólo confiado en vuestra caballerosidad.

Comonfort no sólo le promete que no le sucederá nada, sino que él personalmente lo acompaña; salen juntos de Palacio y juntos caminan igualmente por varias calles de la ciudad, hasta que el Presidente deja en lugar seguro al terrible cura.

Aunque entonces se creyó por muchos que la paz sería ya un hecho en la República después del triunfo sobre los pronunciados de Zacapoaxtla, no sucedió así, sino que la exaltación de los ánimos continuó con mayor intensidad en los campos de batalla, en la prensa y en las memorables y acaloradas discusiones del Congreso constituyente. Comonfort, mientras tanto, con su sistema constante de moderación,

producto natural de su carácter extremadamente benévolo, creía poder dominar la difícilísima situación por que atravezaba todo el país y el Gobierno, conteniendo los arranques del partido exaltado y caminando por el sendero de las reformas con mucha prudencia y parsimonia.

Con tal sistema, y dadas las circunstancias de esa época, Comonfort, desagradó á los dos partidos sin contentar á ninguno, estimando que todavía era posible calmar los ánimos, cuando la única solución posible á las diferencias entre el partido conservador y el liberal tenía que ser, como sucedió después, una lucha encarnizada y decisiva.

El Congreso Constituyente, mientras tanto, en medio de acaloradísimos debates que pueden honrar á cualquier parlamento europeo, daba al fin la deseada Constitución, que se promulgó, oficial y solemnemente, el día 5 de Febrero de 1857.

Comonfort, juró de mala gana esta Constitución, aunque al principio, sin embargo, no dió ningún paso sino para evitar su observancia, y conforme á esta ley fundamental, se hicieron en ese año las elecciones de los poderes federales, resultando electos: D. Ignacio Comonfort, para presidente constitucional de la República, y el Benemérito de América, D. Benito Juárez, para presidente constitucional de la Suprema Corte de Justicia, que tenía anexo el cargo de vice-presidente de la misma República.

Con la promulgación de la carta magna, no mejoró por el pronto en nada la situación violenta por que atravezaba México, pues los pronunciamientos se sucedían á los pronunciamientos, y los temores de un conflicto internacional hacían sufrir con increíble paciencia las imprudentes exigencias de algunos representantes extranjeros. A tal extremo llegaron los acontecimientos, que el Ejecutivo llegó á pedir por primera vez la suspensión de las garantías que otorga la Constitución; y al fin, el primer Congreso Constitucional concedió esa suspensión por sólo la confianza que inspiraba Juárez en el gabinete de Comonfort.

Ya cuando éste volvió á jurar la Constitución como presidente constitucional, su repugnancia por la carta magna y los temores de un golpe de estado fueron un hecho.

En efecto, el 17 del mismo mes y año, se decidió á desconocer la carta fundamental, habiendo sido apoyado para dar este paso entre otras personas, por D. Manuel Payno y el general Zuloaga, que entró á la capital el mismo 17 al frente de su brigada, después de haber proclamado el plan llamado de Tacubaya. Comonfort, aceptó públicamente este plan, el 19 de Diciembre; el 25 del mismo mes instaló el llamado *Consejo de Estado*, y pocos días

después, á consecuencia del despronunciamiento de Veracruz, se encontró el presidente perplejo y sin saber que partido tomar. Al fin, después de muchas vacilaciones, y á consecuencia de que Zuloaga desconoció la autoridad de Comonfort, éste se decidió á volver á la legalidad; pero ya era tarde. Aunque luchó el presidente con su proverbial valor en las calles de México por algunos días, tuvo que abandonar la ciudad el 21 de Enero de 58, dejándola entregada á la reacción, y el 7 de Febrero abandonó definitivamente la República.

Se le vuelve á ver en ella cuando las circunstancias de México eran tan difíciles, que tuvo que hacer frente á la guerra extranjera declarada y llevada á cabo tan inicuamente por Napoleón el aventurero; ofreció entonces Comonfort su brazo y su espada á la causa de la autonomía de su patria, y el gobierno del Sr. Juárez aceptó los ofrecimientos del caudillo de Ayutla, nombrando á éste general en jefe del ejército del Norte, á cuya cabeza vino á batirse con el invasor, aunque con éxito desgraciado, el 8 de Mayo de 1863 en las lomas de San Lorenzo cerca de Puebla. Después de la salida del gobierno constitucional para el interior de la República á consecuencia de la ocupación de Puebla por el ejército francés, se estableció el dicho gobierno constitucional en San Luis y allí fué nombrado Comonfort por el Sr. Juárez, Ministro de la guerra y general en jefe del ejército destinado á obrar sobre las fuerzas expedicionarias que salieran de México. Después de haber permanecido algunos días al frente del ejército de operaciones, pasaba Comonfort de San Miguel de Allende á Celaya con una escolta de 100 hombres, cuando cayó cerca de Chamacuero en una emboscada de 200 reaccionarios. El defensor de Acapulco se batió con el valor de que había dado pruebas; pero sucumbió en medio del combate y su cadáver fue sepultado en el cementerio de San Miguel de Allende. Este suceso se verificó el 11 de Noviembre de 1863.

"El gobierno general, dice D. J. M. Vigil, honró la memoria del ilustre difunto mandando vestir luto por 9 días á las autoridades civiles y militares de toda la República y al ejército nacional; y el 20 de Noviembre se le hicieron en San Luis los correspondientes honores fúnebres, asistiendo á la solemnidad una numerosa concurrencia oficial y de particulares y pronunciando una elocuente oración fúnebre el popular orador D. Guillermo Prieto."

Tal fué Ignacio Comonfort: tuvo errores, pero tuvo virtudes y prestó grandes servicios á su patria. Esta, reconocida, tiene que colocarlo, si nó entre sus hijos inmaculados, sí entre sus buenos y amantes hijos.

E. M. DE LOS RÍOS.

D. SANTOS DECOLLADO

